



SEMANARIO POPULAR

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 1.º

JUEVES 5 DE MARZO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

EL SEMANARIO POPULAR, en su año segundo.—LAS VÍCTIMAS ILUSTRES: Carlos I de Inglaterra.—AMOR DE BO. R. DILLA, por Emilio de Mozo Rosales.—EL SULTAN MURAD Y EL DERSH.—EL ARPA MARAVILLOSA, poesía popular antigua de Dinamarca.—EL CABALLERO Y LA JÓVEN, leyenda polaca, por Adam Mickiewicz.—LA CARIDAD, por José Villeta.—EL ARROYO, poesía sueca, por Runeberg.—LA CIUDAD DE BERLIN.—HISTORIA NATURAL: el Camello. EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del Ruso, por Nicolás Gogol.—POESÍA POPULAR ESPAÑOLA, romance tradicional.—ANECDOTAS.—PENSAMIENTOS.—ADVERTENCIA.

EL SEMANARIO POPULAR

EN SU

AÑO SEGUNDO.

Un año de publicacion ha bastado para pagar entre todas las clases de la sociedad este periódico. EL SEMANARIO POPULAR como eco de todas las concepciones de los escritores antiguos y modernos, como prontuario de noticias útiles é interesantes y como periódico el mas barato y fácil de adquirir á la par que el mas ameno é instructivo, sirve á todos y contribuye á esta gran obra á que todos contribuimos, la gran obra de la civilizacion que tienen impuesta las sociedades modernas.

Contiene artículos interesantes de historia, de viajes, de conocimientos útiles, de literatura, economía doméstica, descubrimientos, cuentos morales, composiciones poéticas, modas, novelas así españolas como extranjeras, todo de lo mas escogido; y en su lectura el hombre estudioso como el ignorante, el viejo como el mozo, la madre de familias como la jóven, todos encontrarán amena instruccion y honesto entretenimiento. Como destinado á andar en manos de todos, desde el principio el SEMANARIO POPULAR ha cuidado de tener cerradas sus columnas no solo, á lo que pudiera parecer inmoral, sino tambien á lo que no siéndolo pudiera ofrecer algun peligro para lectores sencillos é inespertos.

Por el tomo publicado, que comprende los números dados á luz desde marzo del año anterior, época en que se fundó este periódico, hasta el día, se podrá ver que no es exagerado cuanto hemos dicho así respecto de su mérito literario é instructivo, como respecto de su baratura que le pone al alcance de todo el mundo sin escepcion de personas ni de categorías.

No hay, pues, publicacion mas económica, menos peligrosa, ni mas útil á que un padre ó jefe de familia pueda suscribirse que el SEMANARIO POPULAR.

En el segundo año de publicacion que principiará á contarse desde el primer jueves de marzo el SEMANARIO recibirá una mejora mas sobre las ventajas que ya tiene.

Como en las familias la música es una parte integrante de la buena educacion, este periódico dará de vez en cuando alguna composicion; música que no dudamos ha de agradar y llamar la atencion general.

Nada diremos de las otras notables y progresivas mejoras que observarán nuestros suscritores desde los primeros números, contando entre ellas revistas nacionales y extranjeras de actualidad, de teatros y bellas artes, del movimiento científico, económico y comercial de nuestro pais y de los paises extranjeros, con otras que recomendarán cada dia mas y mas la adquisicion del SEMANARIO POPULAR á todas las familias, á todos los que comprendan la inmensa utilidad que deben reportar las naciones y sus gobiernos, de que se generalice la instruccion popular y las lecturas fáciles, amenas, variadas, morales é instructivas.

LOS EDITORES.

LAS VÍCTIMAS ILUSTRES.

CARLOS I DE INGLATERRA.

Nacido Carlos I en 29 de noviembre de 1600, en Dumferling, ciudad de Escocia, sucedió en 1625 á su padre Jacobo I, siendo ya prin-

cipe de Gales desde 1612 en que murió Enrique, su hermano mayor, que de otro modo hubiera heredado la corona. Su padre habia querido obtener para Carlos la mano de la infanta española, hija de Felipe III, y sabido es de qué manera romántica se entablaba la negociacion de boda, viniendo á Madrid el pretendiente casi de incógnito y como tuvo que volverse sin lograr su objeto. Mas adelante, en 1625, casó con Enriqueta-María de Francia, hija de Enrique IV.

El primer acto de su reinado fue la convocacion del Parlamento para obtener auxilios con que declarar la guerra á España y extinguir una crecida deuda. La situacion de Inglaterra en esta época era muy difícil. La nacion comenzaba á conocer sus derechos, y el parlamento haciéndose eco de las aprensiones y resentimientos populares, favorecia el espíritu de independencia religiosa que se levantaba contra la Iglesia establecida, mientras el rey combatia al parlamento estrañando una rivalidad que hasta allí no se habia conocido. Tuvo, pues, que luchar con diversos parlamentos, disueltos unos tras otros, y estos se manifestaban hostiles contra el favorito Buckingham, á quien acusaron de alta traicion.

Tales fueron las disensiones y los disturbios que se originaron, que Carlos resolvió gobernar sin el auxilio del parlamento. Siguiéronse ciertamente unos años de aparente tranquilidad, sobre todo despues de terminada la guerra entre Francia y España, pero los espíritus trabajaban y estallaron irritados contra Carlos, al contemplarse sin garantías, al ver las persecuciones contra los prusianos, la arbitrariedad real, y las tentativas de Land para restablecer gradualmente la influencia del Papa en Inglaterra.

La reaccion no se hizo esperar. Los acontecimientos de Escocia fueron los que descubrieron el fuego hasta allí escondido. Fanático por el episcopado, Carlos habia multiplicado los ataques contra las formas presbiterianas de la Iglesia Escocesa, con el afan de lograr el

triunfo de la liturgia anglicana, y esta fue la antorcha que encendió en llamas los dos reinos. Los escoceses tomaron las armas y por dos veces penetraron en Inglaterra. Los ejércitos de Carlos fueron puestos á las órdenes de Tomás Wentworth, conde de Strafford, pero Carlos que al fin había vuelto á convocar un parlamento, tuvo la debilidad de oír las acusaciones que se levantaron contra el conde y de sacrificarle á los furiosos de sus enemigos. Con este triunfo el parlamento se envalentonó, logró asegurar su existencia por tres años por medio de un bill, y caminó, como Carlos, por las vías ilegales que nadie podía prever á dónde conducían.

Entre tanto, mientras el parlamento combatía el episcopado y las formas anglicanas para sustituirle con el presbiterianismo, estallaba en 1641 en Irlanda una violenta revolución. Carlos tomó las armas con parte de la nobleza, pero el parlamento levantó otro ejército. La guerra civil estalló en el siguiente año, y después de diversos combates y ruidosos acontecimientos, la cámara de los Comunes declaró al rey culpable de alta traición y fue condenado á muerte recibiendo numerosos insultos.

No pasó mucho tiempo sin que todos conociesen el crimen que habían cometido y su deplorable falta, pues si bien perecía el hombre que tanto se oponía á las libertades inglesas, al fin moría martir por estas libertades. Olvidáronse pronto sus intrigas y los sufrimientos de su reinado y su recuerdo se asoció al de las instituciones libres, que había querido destruir, pero que también con él perecieron. Carlos era el único que en medio de una sociedad subyugada por las armas, había levantado su voz defendiéndola. Desde el mismo día de su muerte comenzó una reacción favorable á la monarquía y á la familia real, reacción que no cesó hasta que se restableció al trono en su dignidad primera.—Pocos días después de su muerte se publicó el *Eikon Basilike*, libro célebre que si se hubiese dado á luz ocho días antes, le hubiera salvado. Dícese que Carlos era su autor. Otros escritos debidos á su pluma fueron reunidos y publicados por Samuel Browne en 1651.

AMOR DE BOARDILLA.

I.

La mayor parte de los habitantes de Madrid desean ser inquilinos de un lindo cuarto principal en una calle céntrica, y cuando dirigen la vista á los pisos segundo, tercero y cuarto, se opera en ellos un efecto contrario al del espíritu de vino en el termómetro, pues su frío aumenta á medida que la vista sube, y cuando esta se fija en la boardilla, el inquilino baja á cero.

Sin embargo, la boardilla y el principal tienen su pro y su contra como la posición social que representan.

Para llegar al principal no es necesario subir mas que unos cuantos escalones; primera ventaja: una vez en él encontramos que los techos son altos, que las paredes están empapeladas, que las puertas cierran bien, que los balcones son espaciosos; pero en cambio á las cinco de la tarde ya es necesario encender las luces, porque el lindo principal se queda en tinieblas, á las seis de la mañana es menester oír los gritos destemplados de las foncearraleras y las estridentes campanillas de las burras de leche; á las doce de la noche es menester taparse la cabeza con la colcha para que los acordes de una vinosa canción y el ruido sordo de los coches nos deje pegar los ojos. Pero no es esto lo peor. Muy cerquita del principal está el fondo sombrío y nauseabundo de una laguna estigia que se llama el patio de la casa y es necesario sufrir á quema-ropa todos los olores malos que se han conocido desde que la

engalanada Flora dejó de vivir entre los mortales.

También se sufre otra plaga viviendo en el principal. Se oye el canto de cinco criadas y el ruido de cinco almireces de Lucena, total diez cohetes á la congreve que desmoralizan al tranquilo inquilino; que le impiden hacer un verso si es poeta, una cuenta si es comerciante, una disertación política á su esposa si es diputada.

En la boardilla, por el contrario, se ve la salida de la aurora y la puesta del sol, se respira un aire puro y saludable, se oye el canto de los gorriones y se domina un inmenso tejado salpicado de variadas chimeneas y desvenecijadas ventanillas.

¡Bonito cuadro! dirán algunos, pero no recuerdan que está animado por el continuo paso de una tribu errante de gatos, albañiles y plomeros, y que cuando el crepúsculo empieza á confundir los colores y á destruir las líneas de los contornos, los gatos parecen sombras despavoridas, las chimeneas torreones de góticos palacios y las ventanas los ojos sombríos de los mil gigantes que guardan el equívoco sueño de la coronada villa.

El inquilino del principal no ve mas que la acera de en frente, pero el habitante de la boardilla domina las pompas que le arrastran á sus pies y fraterniza con la pobreza que le rodea; cuenta las estrellas desde su lecho y estudia las mil formas extrañas y vaporosas de las nubes que se ciernen sobre su cabeza, oye rugir la tormenta, y el blando céfiro de la mañana viene á mecer sus cabellos con un delicioso *sans façon*: por último, oye la hora de todos los relojes públicos, y cuando hay fuego en su barrio ve las llamas antes de contar las campanadas.

He dicho todo esto para que mis carísimos lectores no se estrañen de que mi amigo Cayetano, honrado escribiente de procurador, se vaya á vivir á una boardilla de la calle de los Tres Peces.

II.

Iba á decir una vulgaridad, y esta es que la hermosura no vive solo entre la seda y los ricos adornos, sino también entre la modesta indiana y la burda estameña; pero como nadie lo pone en duda, añadiré que la hermosura es como las flores que crecen con mas lozanía cuanto mas lejos están de la vista del hombre.

Por eso Rita, que vive entre las cuatro paredes de su boardilla, como una violeta en la sombría falda de la sierra, es una linda joven que daría envidia á las flores mas delicadas si estas pudieran tenerla de otra cosa que de la luz y del rocío.

Rita tiene diez y siete años, es alta y bien formada; sus ojos son negros y brillantes, su cutis trigueño y sonrosado, su boca pequeña, y por último... tiene un hoyito en la barbilla que imprime á su fisonomía algo de gracioso y picaresco que la pluma no sabe describir. Además es huérfana, es bordadora y vive con su abuelita, pobre anciana que no tiene mas sentimiento que el de amar á su nieta ni sirve para otra cosa que para acompañarla cuando va á llevar la labor en casa de la maestra.

Entre la juventud hermosa y la vejez débil y decrepita hay en las boardillas un lazo desconocido en los cuartos inferiores de la casa; este lazo es el de la pobreza.

Rita, joven y hermosa, temía las asechanzas de los hombres siempre dispuestos á comprar una alma desgraciada á vil precio; en tanto que su abuela pensaba en la soledad, en el hambre, en la muerte...

La tentación del lujo para una joven hermosa pero pobre y la muerte de un anciano en el fondo de una boardilla, son dos cosas horribles!...

Por eso estos dos seres tan débiles como buenos buscaban en su asociación una fuerza moral y física que les protegiera contra la pobreza; por eso Rita enjugaba las lágrimas de su abuela entonando una alegre copla, y por eso la anciana embellecía las largas veladas de

la bordadora contándole aventuras y sucedidos de sus mocedades.

Allí pasamos la vida riendo; para no tener que llorar.

La boardilla de Rita estaba en la calle de los Tres Peces.

III.

Eran las diez de la mañana del mes de marzo, cuando mi amigo Cayetano tomó posesión de su nuevo cuarto, y como no tenía mas muebles que una cama, un baul, una silla, un tintero y una pluma de pato, no tardó mucho tiempo en *arreglarlo todo*.

Sacó un espejito redondo de doce cuartos, lo colgó de un clavo, se retorció el bigote, se pasó la mano por los alborotados cabellos y se encontró tan á su gusto que se sonrió y se puso á mirar por entre los barrotes de su ventana como quien dice:

Vecindad, traba relaciones con mi simpática figura.

Vecindad encuéntrame bonito.

He hecho mal en no decir antes que Cayetano es bastante presumido.

En aquel momento la vecindad apareció en efecto en la ventana de en frente y Cayetano vió á Rita por primera vez.

Los dos jóvenes se miraron al mismo tiempo por un sentimiento de curiosidad, pero acto continuo dirigieron la vista hácia otro lado con indiferencia.

Al cabo de un momento volvieron á mirarse para rectificar el juicio de una primera ojeada; pero de nuevo retiraron los ojos de la visual magnética.

Por fin se dirigieron otra mirada, pero esta vez fue Rita la que se retiró de la ventana.

Cayetano siguió mirando.

Dieron las once, y nuestro honrado escribiente que tenía que hacer en casa de su procurador, entró en su cuarto, se puso el sombrero y se precipitó por la escalera de su casa como una bomba, tarareando aquellos tan conocidos versos de Jugar con fuego:

La ví por vez primera
cruzar por la enramada, etc.

Cayetano estaba alegre sin saber por qué; todo le parecía mas hermoso que de costumbre, en una palabra, todo le sonreía.

En el portal se encontró á Pirlimpipin (este es el nombre del perro de la portera) especie de osito en miniatura, y lo encontró tan bonito, que le dió un puntapie, y á la portera le dió un pisoton, y estos dos saludos levantaron un coro de ladridos y de quejas que hicieron volver la cabeza á todos los que en aquel momento pasaban por delante del portal.

En la calle de la Magdalena tropezó con un aguador y le derribó la cuba, la cual al caer aplastó la cesta de una frutera que llamó á un salvaguardia.

Por último, Cayetano que corría siempre sin hacer caso de los atropellos con que iba señalando por do quier su marcha triunfal, llegó á la calle de los Estudios de San Isidro, se detuvo en un portal estrecho y nauseabundo, subió por una escalera desvencijada y oscura y penetró en una sala espaciosa, amueblada con una mesa, dos sillones de banquetta y un estante cargado de papeles.

Era el estudio del procurador Juan Roquete.

Este honrado funcionario tenía la nariz larga, los ojos redondos y vivarachos, y vestía aquella mañana un levitín negro, un ehaleco verde aceituna y unos pantalones color de chocolate.

Al ver entrar á su escribiente, Juan Roquete, tosió por dos veces.

Cayetano, que comprendió lo que aquello quería decir, respondió con tres reverencias; pero el procurador no se dejó seducir por estas muestras de inequívoca urbanidad, y exclamó con un tono sentencioso:

—Son las once y media.

—Las once menos cuarto, respondió Cayetano.

—Las once y media, y ya hace cuatro horas que estoy esperándote.

—Pero...

—Pero señor mío, yo no le doy á usted una peseta diaria; lo oye usted, diaria, para que se la coma al sol.

Cayetano levantó los hombros, pero este movimiento no pasó desapercibido al procurador que exclamó poniéndose de medio lado el gorro de terciopelo verde que cubría su aca-lorada mollera.

—¡Sí, alce usted los hombros, como si fuera yo el culpable! ¿Se le figura á usted que no sé yo que frecuenta usted los bailes de Capellanes y que pasa la noche haciendo piruetas? ¿Mas qué resulta de ahí?—Que se acuesta usted al amanecer, que se levanta usted á las diez, y que por último, viene usted á mi estudio en un estado deplorable. El otro día puso usted en un alegato, en un respetabilísimo alegato *Jacinta* en vez de *finca*.

—Pero...

—Pero yo soy el que pago una peseta todos los días.

—Pero...

—En resumen, yo no quiero tirar mi dinero por las ventanas, y desde hoy puede usted disponer de su pluma como mejor le plazca.

Al oír estas palabras el pobre escribiente perdió el color, pero se repuso pronto, y dirigiendo una mirada de soslayo al procurador, dió media vuelta sobre los talones y salió de la estancia.

Juan Roquete, que no esperaba esta salida repentina, reflexionó al momento que había obrado con demasiada ligereza al despedir á su escribiente, que le era de suma falta y que no encontraría fácilmente otro que le reemplazara. Corrió entonces al balcón y vió á Cayetano parado en el portal de la casa de enfrente, y retorciéndose el bigote con aire preocupado.

—¡Eh, muchacho! le gritó, sube y no seas simple.

—Cayetano levantó la cabeza con aire magistoso, y respondió con énfasis.

—He dispuesto de mi pluma.

IV.

Dicho esto, se metió el sombrero hasta las cejas, se abrochó el raído gaban y empezó á recorrer las calles á grandes pasos, como un extranjero que quiere verlo todo en unas cuantas horas. Algunas personas de las que transitaban por la calle se paraban para verle pasar y se sonreían; otras le señalaban con el dedo como para dar á entender que aquel nuevo judío errante no estaba en su sano juicio: pero estas se engañaban, pues Cayetano iba diciéndolo pasa sí:

Quién querrá comprar mi pluma, quién me dará una peseta diaria.

¡Una peseta!!

Es decir, que por treinta y cuatro cuartos sucios y feos se compra una inteligencia, un corazón y una voluntad, se domestica una inspiración independiente, se agarrota á un hombre á la columna de los trabajos mecánicos!!...

Los cuartos con bustos coronados, son peores que ninguno de los instrumentos de tortura inventados por los verdugos de los pasados tiempos... ¡y sin embargo queremos llevarlos encima todo el día! ¡horror! ¡horror! ¡horror!

Quién me comprará mi pluma, iba diciendo Cayetano cuando llegó al observatorio, y conoció que sus fuerzas empezaban á pedirle descanso.

Hecha esta nueva observación se sentó sobre un peldaño de una escalera del mencionado edificio y dirigió la vista por el espacioso horizonte.

Primero vió la estación del camino de hierro de Valencia, con sus cobertizos numerosos y casas de todas las formas y tamaños, luego las alamedas que rodean el canal, y por último los techos medio perdidos entre la bruma de los dos Carabanchales.

Este espectáculo le recordó que hay gentes muy ricas que recorren el mundo en buenos wagones de primera, que hay un canal en las inmediaciones de la corte para que los desgraciados que pierden la fé y la resignación vayan á concluir entre las aguas cenagosas una existencia de padecimientos y miserias, y por último, que en los alrededores de Carabanchel se divierten los ricos en casas de campo que han hecho construir con el producto de sus especulaciones comerciales ó de sus trabajos científicos y literarios.

Esta observación le hizo ver que aquel que pasara por encima del canal sin sumergirse en sus aguas podía ir á divertirse á Carabanchel, y esto le hizo sonreír porque pensó que andando el tiempo bien podía llegar á ser capitalista como otros muchos que no tienen mas pasaporte para penetrar en el delicioso reino de la fortuna que el de una tontería bien aprovechada.

Con este motivo se acordó que debía hacer arqueos introduciendo el pulgar y el índice de cada mano en los bolsillos de su chaleco, sacó al sol una peseta y cuatro cuartos.

Reunió estas cantidades en el hueco de la mano derecha é hizo brincar las monedas dos ó tres veces como para cerciorarse si tenían el peso: al pronto le pareció que la peseta relucía mucho y esto le asustó, pero examinada detenidamente conoció que sus temores eran infundados.

—Tengo treinta y ocho cuartos, dijo nuestro jóven; casa pagada y el gaban en muy buen uso, de modo que no hay para qué entristecerse y se puso tan contento que improvisó la siguiente redondilla:

Inútil es estar triste
cuando queda algún dinero,
puesto que vive un jilguero
con cuatro cuartos de alpiste.

Después bajó alegremente al paseo de Atocha, dió la vuelta por la Ronda y entró por la puerta de la Aduana en el famoso barrio de Lavapiés, allí compró un panecillo que envolvió cuidadosamente en un periódico viejo y entró en su casa.

La boardilla de Cayetano era espaciosa, de modo que podía pasearse en ella á su sabor durante los días que estuviera cesante; pero en aquel momento solo se acordó de satisfacer los instintos de su estómago: cogió, pues, la silla única que tenía, la aproximó á la ventanilla, se sentó en ella y desenvolviendo el periódico viejo, sacó el panecillo que acababa de comprar y empezó su comida que era mas frugal aun que aquellas tan famosas de que nos hablan los novelistas antiguos, pues faltaban las frutas secas y la leche.

Concluido el desayuno, Cayetano recogió cuidadosamente todas las migas de pan que habían caído sobre sus rodillas y se levantó con el objeto de tirarlas sobre el alero del tejado para que los gorriónes participasen de la fiesta; pero permaneció con la mano levantada y sin atreverse á ejecutar su designio, pues vió á Rita que sentada en su boardilla le contemplaba con tristeza y curiosidad.

Le había visto comer su pedazo de pan con silencioso recogimiento y la pobre muchacha que sabía por experiencia las vicisitudes de las habitaciones de las boardillas, comprendió que su vecino era desgraciado... mas aun que tenía hambre, y esta palabra que parece tan trivial á los ricos, es de una poesía indefinible para los pobres.

Si Rita era generosa y lo que las protestas mas vehementes no hubieran podido alcanzar de su corazón, lo consiguió aquel triste cuadro.

Desde este momento la vida de Cayetano era para ella, no el primer capítulo de una novela interesante, sino la última hoja de un álbum de padecimientos y de privaciones; leyó en el pasado, comprendió el presente y trató de adivinar el porvenir.

El jóven amanuense no comprendió tanto, pero sí que su vecina se interesaba por él, y

cuando una jóven hermosa siente un momento de pesar por nosotros adquiere un mérito extraordinario á nuestros ojos.

Sí, sí, dirán algunas jóvenes que estos renglones lean; buenos son los hombres para no ser ingratos, á lo cual responderé yo, que las mujeres son el santo y nosotros la peana.

V.

Pasaron algunos días sin que Cayetano encontrara colocación y como sus treinta y ocho cuartos no eran elásticos, vendió para salir de apuros, una levita vieja y un par de botas nuevas.

Entre tanto se paseó por las calles, por los campos y por su boardilla, compuso un sainete y lo leyó en alta voz treinta y cuarenta veces para darse cuenta del efecto que haría su obra en el teatro; dibujó moros, y griegos, y ramos, y pavos reales en las paredes de su cuarto, y por último imaginó inventar unos fósforos que no se apagasen nunca, aunque hiciese mucho aire; pero como nada de esto le diese resultados, dispuso ir á pedir... iba á decir limosna, pero no; fué á pedir que comprasen su pluma.

Un honrado tendero de la calle de Hortaleza necesitaba un jóven estudioso y listo que llevase sus cuentas, y Cayetano llegó tan á tiempo, que fue agraciado con el destino.

Se le señalaron cinco reales diarios.

El nuevo aprendiz de comerciante se instaló en la trastienda en frente de una mesa pequeña y quejumbrosa, entre un saco de cacao Caracas y un barril de sardinas de Laredo; cortó una pluma, se la puso detrás de la oreja, aspiró por dos veces el olor confortable de la trastienda, cerró los ojos, abrió los oídos, cruzó las manos y se dispuso á oír las reconvenciones de su principal.

—Muchachú, dijo este, yu vine de Munduñedo sin mas fortuna que mi aplicación; llegué á Madrid y me puse á servir, casé con la duncella de la casa, puse establecimiento de comestible y empecé á trabajar: hoy gracias á Dios ya puedo tener secretario; pero no quiero mantener gandules. Soy partidario del trabajo como el primero, porque sé que sin él, se engorda poco. Lo que importa es que las cuentas vayan *esatas* aunque la letra sea grande, con que aplicación y ya he dicho.

(Se concluirá en el próximo número.)

EMILIO DE MOZO ROSALES.

EL SULTAN MURAD Y EL DERVISH.

El sultan Murad se estaba muriendo.

El sultan Murad era no solamente emperador de Mofusilirtan, sino que era además kalifa de Aurungabad, padisha de Ferriduría, primo del sol, de la luna y de las estrellas, señor de las luces del Sud, visir del sexto paraíso y protector del valle de diamantes. Sus tesoros eran inagotables, su poder ilimitado; su serrallo innumerable, sus dominios infinitos. Era amado de su pueblo; temido de sus enemigos, idolatrado por sus innumerables mujeres y respetado por sus infinitos hijos. Era el sultan mas grande y célebre que ha existido, exceptuando al buen kalifa Haronn Alraschid.

Pero el sultan Murad se estaba muriendo.

Se estaba muriendo de *fastidio*, únicamente, porque había gastado su vida. El sultan Murad lo había visto todo, lo había hecho todo, lo había probado todo, había comido y bebido de todo, había tenido fortuna en todo y estaba cansado de todo. Estaba cansado de sus riquezas y de sus mujeres, de sus dominios y de sus doctores, de su visir, de su bufon, y hasta de sí mismo. Los profundos sabios de su imperio venían á leerle poemas en alabanza suya, en árabe, en persa, en sanscrito, en abisinio, en caldeo, en tamul, en hebreo y en otros muchos idiomas; pero jamás prestó atención á estos profundos sabios. Los artistas venían y le mostraban bellos cuadros, pero cer-

raba los ojos y no quería mirar sus producciones. Los cantores cantaban; los bailarines hacían cabriolas; los titiriteros daban saltos mortales, se tragaban cimitarras y hacían otras mil cosas; los hechiceros multiplicaban sus juegos y artificios, pero el sultán Murad no hacía más que bostezar. Los médicos decían que se estaba muriendo y movían la cabeza; el pueblo decía también lo mismo y se arrancaba la barba de sentimiento.

Lo peor del caso era que como la corte había dado el ejemplo de bostezar, la población entera bostezó también, y por todo el Mofuristan no se veían más que gentes esperezándose y desmontándose las mandíbulas á fuerza de bostezar. Nadie quería escuchar á los sabios ni á los poetas, ni mirar las obras de los pintores, ni entretenerse con los titiriteros y bailarines, ni admirarse de la habilidad de los hechiceros. El sultán Murad, que era un soberano excelente, hizo esfuerzos para sacar á sus vasallos de su letargo, y durante algún tiempo halló un motivo agradable para decapitar, empalar, ahorcar, desollar, apalear y cocer vivo á este pueblo obstinado que no quería divertirse con nada; pero no hubo remedio. Los mofusitas no se intimidaban por ser empalados y bostezaban á más no poder mientras los daban de palos en las plantas de los pies; el sultán Murad se desesperó al fin de ver lo inútil de su crueldad.



Cárlos I de Inglaterra.

Como último recurso, y por consejo de Sidi-Pachá, su gran visir, sabio de inmensa instrucción, que tenía más de cien años y que llevaba una barba blanca más larga que la memoria de un abogado, el sultán hizo que se proclamara á son de trompeta en todo lo ancho y lo largo de sus dominios, que cualquiera que le proporcionara una diversión regular por

espacio de una hora, recibiría 1.000.000 de tomanes de oro y la mano de su milésima primera hija, la bella princesa Singsong, llamada «la perla inestimable.» El castigo para el que saliera mal de esta empresa, era la muerte. Había millares de pretendientes para los tomanes y la princesa, pero el sultán indignado declaró que jamás había encontrado tal cuadrilla de pícaros; se hubiera podido jugar á los bolos con las cabezas de los candidatos desgraciados que diariamente eran cortadas por Kalkraft khan, el jefe de los verdugos.

Un día, sin embargo, un hombre que parecía lleno de confianza en sí mismo, estropeado por el camino, con un turbante roto y sin babuchas, un dervish según todas las apariencias, se presentó en la plaza del castillo anunciando su intención, de competir al premio. El portero del palacio meneó la cabeza al admitirle y le dijo, por vía de advertencia amistosa, que sabía de un joven que había muerto el día antes de un apretón de garganta; pero nada intimidó al dervish que penetró por entre las líneas de guardias, de esclavos y eunucos hasta la gran sala de la audiencia, donde el sultán Murad estaba sentado con las piernas cruzadas, bostezando y cogiendo moscas, mientras que Kalkraft khan estaba afilando una cimitarra nueva y bostezaba al mismo tiempo que la pasaba por la piedra; entre tanto el gran visir Sidi-Pachá se tapaba la boca con



Insultos prodigados á Cárlos I de Inglaterra.

a mano al bostezar por temor de que el sultán no mandara que le cortasen la cabeza.

El hecho es, que mientras pasaba la hora convenida en que había que divertir al sultán

el modesto dervish sostuvo en un estado de agradable excitación no solamente al soberano, sino al gran visir, á la corte entera, á los guardias, esclavos y eunucos, y hasta el ter-

rible Kalkraft khan. Al principio rieron, luego experimentaron una conmoción tierna, aunque triste, después se excitó su interés, y escucharon con tal atención, que retenían su



La ciudad de Berlín.—Palacio.

aliento, por temor de no oír al dervish; este recitó versos, contó historias, refirió anécdotas, mostró cuadros mas interesantes que los que habian visto en toda su vida y los divirtió de tal modo, que cuando hubo trascurrido la hora el sultan y sus cortesanos le rogaron y suplicaron que se detuviera otra hora mas.

Pero el dervish movió la cabeza dando á entender que no, y dijo que tenia que marcharse en un tren especial para divertir á una sultana que se moria de fastidio, á algunos millares de leguas de allí.

—¡Hombre extraordinario! exclamó el sul-

tan, recibe tu recompensa. ¡Hola! jefe de los guardias del harem, dí á la princesa Singsong que se ponga su traje de novia.

—No hagais tal, dijo el dervish, no tengo deseos de casarme. La prince-a puede ir á Hong-Kong por mí.

—Entonces, dijo el sultan, que le entreguen á este hombre maravilloso 1.000,000 de tomanes de oro en el momento mismo.

—Guardad tanto dinero, contestó el dervish, yo nunca tomo mas que *cuatro cuartos*.

—¡Aquí, jefe de los verdugos! gritó el sultan que habia empezado á impacientarse al ver que el dervish se negaba á todo.

—Os perjudicais á vos mismo, luz del universo, primo del sol, de la luna y de las estrellas, repuso el impávido dervish, ¿no necesitais que os divierta?

—Alá sabe lo que hago, dijo el sultan empezando á bostezar de nuevo.

Entonces, prosiguió el dervish, trataré de divertirlos á vos y á toda vuestra corte y á todos vuestros vasallos por *cuatro cuartos cada semana*; una vez á la semana visitaré estos palacios de luz resplandeciente; oireis mis cuentos y mis historias, mis cantos y mis anécdotas, mis viajes y mis aventuras, mis noticias varias y mis hechos curiosos, mis descubrimientos científicos y mis sueños extraños; vereis los grabados de mi cartera mágica, y en los seis dias restantes de la semana os será imposible bostezar y el fastidio estará lejos de aquí. Escuchareis historias como jamás habeis oído, y tened en cuenta que al entreteneros con mi conversacion no me ocuparé de un solo pais, sino que os hablaré de los effendis de Inglaterra y de Francia, de los pachás de la Rusia y del Norte de Europa y de los beys de España, de Italia y de otros paises del Mediodia. Yo os recitaré versos mas armoniosos que el canto del bul-bul y vuestro interés se despertará, vuestra curiosidad será excitada y os sentireis vivamente conmovido y *todo esto por la pequeña cantidad de cuatro cuartos*.

—Concedido, concedido, gritó el sultan lleno de placer, pero ¿por qué nombre te hemos de conocer, á tí, maravilloso bienhechor de una generacion bostezadora?

—Me llamo, dijo, el dervish con un tono de

voz alegre y agradable EL SEMANARIO POPULAR.

Dicho esto desapareció el dervish, y segun las noticias que tenemos, no solamente el sultan está pagando cuatro cuartos cada semana por recibirle, sino que ha hecho que el guarda de sus tesoros pague otros muchos cuatro cuartos para todos los señores de su corte, y aun para una gran parte del pueblo de Mofusistan, convencido de que es mas fácil quitarlos el fastidio de este modo que por medio de amenazas y castigos.



Traje de mujer de Granada en la época de los moriscos.



Traje de hombre de Granada en tiempo de Felipe II.

EL ARPA MARAVILLOSA (1).

POESÍA POPULAR ANTIGUA DE DINAMARCA.

Dos caballeros que van buscando novia, entran en una casa, y piden la mano de la mas jóven.

Piden á la mas jóven y desprecian á la mayor.

La mas jóven sabe hilar el lino, la mayor solo sabe guardar los ganados.

La mas jóven hila primorosamente el oro, la mayor no puede hilar ni la lana.

La mayor dice á la mas jóven: vamos á la orilla del mar.

—¿Qué haremos en la orilla del mar? No tenemos seda para hilar.

—Ya nos parecemos bastante: allí nos volveremos tan blancas una como otra.

—Aunque te laves todos los dias, no te volverás mas blanca que lo que Dios quiera.

—Y aunque te volvieras mas blanca que la nieve, mi novio no ha de ser nunca tuyo.

La mas jóven se sentó sobre una piedra, y la mayor empujándola la echó al mar.

La pobrecita levantaba sus manos:—Hermana mia, ayúdame á llegar á la orilla.

—Solo te ayudaré si me prometes cedermé á tu novio.

—Te daré todo cuanto poseo, pero mi novio nunca.

—Ya te buscaré yo otro y te regalaré un aderezo.

El viento va empujando el cuerpo adentro del mar.

El viento que corre sobre las olas trae luego el cadáver á la orilla.

Y el viento lleva por fin el cuerpo junto á un barco.

Dos peregrinos encuentran el cadáver.

Cogen los brazos de la jóven y hacen con ellos un arpa.

Cogen sus cabellos y hacen las cuerdas.

—Vamos á aquella casa cercana, donde se celebra un casamiento.

Llegan junto á la puerta que está medio cerrada, y desde allí se oyen los sonidos del arpa.

La primera cuerda dice: la novia es mi hermana.

La segunda cuerda dice: la novia me ha matado.

La tercera cuerda dice: el novio era mi amante.

La novia se pone encarnada como la lumbré.—Los sonidos del arpa me hacen daño.

La novia se pone encarnada como la sangre:—No me gusta oír esa arpa.

La cuarta cuerda dice: el arpa no se callará.

La novia se va á acostar.

El arpa resuena con mas fuerza, y el corazón de la novia se hace pedazos; tan grande es su dolor.

EL CABALLERO Y LA JOVEN.

LEYENDA POLACA.

I.

En una verde floresta está cogiendo fresas una jóven muchacha: sobre un caballo tordo llega y se acerca un jóven señor.

El gine te saluda con galantería y se apea del caballo: la tímida virgen baja sus ojos, mientras se tiñen de encarnado sus mejillas.

—«Jóven querida, he llegado esta mañana á este pais con mis compañeros de caza,

»Y no encuentro la ciudad; enseñadme el camino, hermosa jardinera:

»¿Esta vereda me conducirá pronto fuera del bosque?

—«Me parece que llegareis temprano al castillo.

»En la llanura encontrareis un gran árbol,

(1) Este precioso canto popular se oye con frecuencia en todas las regiones del Norte. Mister Arwidson lo ha insertado en su coleccion de baladas suecas y Walter Scott en su obra titulada *Minstrelsy des Border*.

que tiene al pie mucha maleza, y luego el camino da la vuelta hácia la poblacion.

»Arriba está el soto, á la derecha el arroyo, luego el molino y el puente desde donde se vé la ciudad.»

El jóven caballero le apretó y le besó la mano, llamó al caballo con un silbido, montó y desapareció al momento.

La jóven doncella ha suspirado; pero yo no sé por qué.

II.

En una verde floresta está cogiendo fresas una jóven muchacha: sobre un caballo tordo llega y se acerca un jóven señor.

Desde lejos la llama y dice: «Enseñadme otro camino: hay un rio detrás de la poblacion y yo no puedo pasar.

»No se ve puente alguno ni vado sobre el rio. ¿Querriais que se ahogase un jóven como yo?

—»Entonces seguid el sendero á la derecha de la colina.

—¡Dios os recompense, hermosa!

—Muchas gracias, caballero.»

El camino se pierde dentro del bosque. El cazador desaparece. La jóven suspira: ¡oh!

bien sé por qué.

III.

En una verde floresta está cogiendo fresas una jóven muchacha: sobre un caballo tordo llega y se acerca un jóven señor.

De nuevo grita: «¡Por Dios, pícaro, he caído en una zanja; tu camino es un terreno pantanoso!

»Se conoce que hace tiempo que nadie transita por estos desiertos, á no ser por algun campesino que venga á cortar leña.

»Todo el dia vamos cazando, mi caballo y yo. ¡El caballo está rendido, el caballero sin aliento!

»Quiero descansar un momento. Despues quitaré la silla á mi caballo y le dejaré pacer un poco.»

Y saludando atentamente, se apea: la virgen baja con timidez los ojos y siente encender su rostro como una grana.

El se calla: ella suspira. A los pocos instantes él habla en alta voz: ella contesta muy bajito.

Pero como soplabla la brisa de la tarde, verdaderamente ignora lo que él decia.

Sin embargo, si he leído bien en sus ojos y en su comportamiento, ya no preguntaba mas por el camino á la jóven jardinera.

ADAM MICKIEWICZ.

LA CARIDAD.

Doblando sus mustias hojas del estío á los ardores, iban unas bellas flores á morir entre congojas.

Cuando ya el último apoyo les brindaba la esperanza, miraron en lontananza manso avanzar un arroyo.

Por entre el césped sus huellas deslizaba sin rumores, mintiendo en sus resplandores mil argentadas estrellas.

Llegó al fin, y con desvelo dió á las flores lozanía: ellas, con tierna alegría, la frente alzaron al cielo;

Mientras, sin tomar descanso, el arroyo cristalino proseguia su camino, mudo, misterioso y manso.

Llena de curiosidad una flor le preguntó: «¿Quién eres?» y contestó modesto: «La Caridad.»

JOSÉ VILLET.

EL ARROYO.

POESÍA SUECA.

La hermosa jóven está sentada en la orilla bañando sus piésecitos en las aguas del arroyo. Un pájaro que pasa volando le dice: niña, ten cuidado; si enturbias el arroyuelo, el cielo azul no podrá mirarse en él. La jóven levanta hácia el pajarito sus ojos bañados en lágrimas y le contesta: nada te importe el ver que estas aguas se enturbian un momento, porque pronto se volverán limpias y cristalinas. Cuando un dia me viste sentada junto á un jóven, bien le podias haber dicho: no enturbies el alma de esa niña, porque ya nunca se aclarará ni volverá á reflejar el azul del cielo.

RUNEBERG.

LA CIUDAD DE BERLIN.

La ciudad de Berlin es la capital de Prusia en Alemania, tiene cuatro leguas de circunferencia y encierra mas de 240,000 habitantes. Se compone de grandes poblaciones, Berlin propiamente dicho, Neustadt, Friedrichswerder, Friedrichstadt y Friedrichs-Wilhemstadt. Además del palacio real, del arsenal y del teatro de la ópera, cuenta con grandes y hermosos edificios. En la edad media, Berlin fue capital del electorado de Brandeburgo y de la marca media. Tiene un gran número de iglesias, de las cuales catorce son luteranas, once calvinistas, una católica y otra judaica. Su universidad fue fundada en 1810, y tiene academias, bibliotecas, colegios, escuela militar y escuela de sordo-mudos, como que es una de las capitales mas cultas de Europa.

HISTORIA NATURAL.

EL CAMELLO.

Parece originario de Arabia, pues no solamente es este el pais en donde se le halla en mayor número, sino tambien donde el mismo animal es mas necesario y útil. No hay en el mundo pais mas árido que la Arabia, ni mas escaso de agua: el camello es el mas sóbrio de todos los animales, y puede pasar muchos dias sin beber; el terreno es casi por todas partes seco y arenisco y sus pies son á propósito para caminar por arenas, al paso que por el contrario no pueden sostenerle en terrenos húmedos y resbaladizos. Faltando la yerba y los pastos en aquel terreno, tambien faltan los bueyes, y sirven los camellos en lugar de aquellos animales. Casi no puede equivocarse el pais nativo de los animales, si se les estudia atendiendo á estas relaciones de conformidad ó conveniencia. Su verdadera patria es el terreno cuyas dimensiones están en armonía con las de su naturaleza sobre todo cuando la del animal no se modifica en otros parajes, ni se acomoda á la influencia de otros climas. En vano se ha procurado multiplicar los camellos en España, y en vano tambien han sido trasportados á América, pues casi no han producido ni en uno ni en otro clima; y aun en el Indostan, apenas se encuentran mas allá de Surate y de Ormús, pero esto no basta para asegurar que no pueden absolutamente subsistir y reproducirse en la India, en España, en América y aun en climas frios, como los de Francia, Alemania, etc.; pues teniéndolos durante el invierno en establos calientes, dándoles alimento correspondiente, tratándolos con cuidado, y no haciéndoles trabajar, ni permitiendo que salgan á pasearse mas que los dias templados, se les puede conservar y esperar que se reproduzcan; pero sus crías serán mezquinas y raras, y ellos mismos se mantienen débiles y estenuados; pierden todo su vigor en estos climas, y en vez de ser útiles, son gravosos á los que los mantienen, al paso que en su pais nativo constituyen por sí

solos en cierto modo, toda la riqueza de sus dueños.

Los árabes miran al camello como un presente del cielo, y como un animal sagrado, sin cuyo auxilio no podrían viajar, comerciar, ni subsistir. La leche de las camellas es su alimento ordinario; comen también su carne, especialmente la de los jóvenes, la cual es muy grata para su paladar: el pelo de estos animales, que es fino y suave, y que todos los años se renueva enteramente, les sirve para fabricar las telas de que se visten, y parte de sus muebles; con sus camellos, no solo no carecen de cosa alguna, sino que tampoco temen nada, pues en un solo día puede dejar cincuenta leguas de desierto entre ellos y sus enemigos: finalmente, todos los ejércitos del mundo perecerían si se empeñasen en perseguir una tropa de árabes; y de aquí nace que la sumisión depende de su arbitrio.

Figurémonos un país sin agua y sin verdor con un sol ardiente: llanuras arenosas, montes aun mas áridos, por los cuales se extiende la vista y se pierde sin poder fijarse en ningún ser viviente: una tierra muerta y descortezada por los vientos, la cual solo presenta huesos, guijarros y peñascos: un desierto enteramente desnudo, en que nunca el viajero ha logrado respirar á la sombra: donde nada le hace compañía y nada le recuerda la naturaleza viviente: soledad absoluta, mil veces mas temerosa que la de los bosques, en la cual la luz del día, mas melancólica para él que las sombras de la noche, no renace sino para presentarle mas á las claras su desnudez y su impotencia, y para hacerle ver el horror de su situación, retirando de su vista los límites del vacío, y dilatando en su contorno el abismo de la inmensidad que le separa de la tierra habitada: inmensidad que en vano intentaría recorrer, pues el hambre, la sed y el calor ardiente agravan los instantes que le restan entre la desesperación y la muerte.

Sin embargo, el árabe, con el auxilio del Camello, ha sabido franquear y apropiarse estos espacios vacíos de la naturaleza: ellos le sirven de asilo, aseguran su tranquilidad, y le conservan su independencia. ¿Pero qué cosa hay de que no abusen los hombres? Este mismo árabe, libre, independiente, tranquilo, y aun rico, en vez de respetar sus desiertos como antemurales de su libertad, los profana con delitos: los atraviesa para ir á robar en las naciones comarcanas, oro y esclavos; y se vale de ellos para ejercer su piratería, de la cual goza aun mas que de su libertad, pues sus empresas son casi siempre felices, á pesar de la desconfianza y de las fuerzas superiores de sus vecinos. Un árabe que se dedica á ejercer en tierra la piratería, se habitúa desde joven á la fatiga de los viajes: se acostumbra á no dormir y á sufrir el hambre, la sed y el calor; y al mismo tiempo enseña á sus camellos, los instruye y ejercita con este objeto. Pocos días después de nacer les dobla las piernas debajo del vientre, los obliga á estar echados, y en esta situación les carga un peso bastante fuerte, el cual les acostumbra á llevar, sin quitarse sino para cargarles otro mayor. En lugar de dejarles pastar á toda hora y beber siempre que tienen sed, empieza por reglar sus comidas, y poco á poco los hace caminar á distancias considerables, disminuyéndoles también la cantidad de alimento. Cuando ya son algo fuertes, los ejercita en la carrera, escitándolos con el ejemplo de los caballos, con lo cual consigue hacerlos tan ligeros como ellos y mas robustos; finalmente, cuando está seguro de la fuerza, ligereza y sobriedad de sus camellos, los carga de cuanto es necesario para su propia subsistencia y para la de estos animales; marcha con ellos, llega inopinadamente á los confines del desierto: detiene á los primeros que encuentra, saquea las habitaciones, carga sus camellos con el botín; y si es perseguido, y se ve obligado á precipitar su retirada, monta en uno de los mas ligeros, conduce los demás, los hace caminar noche y día, casi sin detenerse á comer ni á beber, y puede andar

sin fatiga hasta trescientas leguas en ocho días, sin que en este tiempo de movimiento y de fatiga, tenga necesidad de descargarles ni darles cada día mas que una hora de descanso, y un pelotón de pasta: muchas veces corren de este modo nueve ó diez días sin encontrar agua y sin beber, y cuando por casualidad se encuentra un charco á alguna distancia del camino, el camello percibe el agua de mas de media legua: la sed que le insta, le obliga á apresurar el paso, y bebe de una sola vez por todo el tiempo pasado y para el venidero, pues á veces sus viajes son de muchas semanas, y su tiempo de abstinencia dura lo que aquel.

En Turquía, Pérsia, Arabia, Egipto, Berbería, etc., todo el transporte de mercancías se hace en camellos, por ser esta la recua mas pronta y menos costosa. Los mercaderes y otros pasajeros, para evitar los insultos y las piraterías de los árabes, se unen en caravanas, las cuales suelen ser muy numerosas: á cada camello se le carga segun su fuerza; y ellos la conocen tan bien, que cuando se les pone carga demasiado pesada, la rehusan, y permanecen echados hasta que se la aligeran. Los camellos grandes cargan ordinariamente 1,000 á 1,200 libras, y los mas pequeños de 600 á 700: en estos viajes de comercio no se les hace apresurar el paso; y como á veces suelen ser de 700 ú 800 leguas, se arregla su movimiento y sus jornadas: todas las noches se les quita la carga, y se les deja pastar libremente; y si están en país frondoso, y donde hay buenas praderas, comen en menos de una hora cuanto necesitan para mantenerse un día entero, y para rumiar toda la noche; pero raras veces encuentran estos buenos pastos y tampoco necesitan mantenimiento tan delicado; pues antes bien parece que prefieren á las yervas mas suaves el ageno, el cardo, la ortiga, la retama, la acacia y los demás vegetales espinosos.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

Cuando empezó á vibrar la campana del seminario que está sobre la calle en el convento de los frailes de Kiew, se vieron diferentes grupos de estudiantes que acudían allí de todos los barrios de la ciudad. Gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos se apresuraban á ir á sus clases con sus cuadernos debajo del brazo. Los gramáticos eran todos aun niños; se empujaban unos á otros al andar y se injuriaban en falsete. Casi todos ellos llevaban trajes sucios y desgarrados con los bolsillos siempre llenos de mil fruslerías tales como huesos pequeños, plumas, silbatos, cortezas de tortas, y en la época de la cria, pájaros pequeños, cuyo piar indiscreto durante la lección hacía que sus dueños fueran castigados. Los retóricos caminaban con gran gravedad, y su traje estaba menos estropeado, pero por vía de compensación, sus rostros se hallaban aun en peor estado, la frecuencia con que se veían entre ellos labios hinchados, narices rotas y ojos con señales negras, demostraban de un modo elocuente que la retórica no era la única arma de que se servían en su vida. Los estudiantes de esta clase conversaban entre sí y juraban con voces de tenor. Los filósofos y los teólogos, hablaban en un tono una octava mas bajo y no tenían en sus bolsillos nada mas que puntas de cigarros; jamás hacían provisiones para después, pero devoraban en el momento todo lo que les venía á la mano; todos ellos olían á tabaco y á aguardiente.

Hacia la hora de las lecciones empezaba á llenarse la plaza pública y las vendedoras de panes y tortas, de pipas de melon y de bollos con miel, agarraban las extremidades de los caftanes casi derechos de los estudiantes.

—¡Aquí! ¡aquí caballeros! los gritaban por todas partes, ¡aquí teneis tortas de miel! son

buenas, muy buenas, pongo á Dios por testigo de que las he hecho yo misma.

Otra gritaba con voz fuerte y desagradable: ¡tomad un salchichon, caballeros, comprad un salchichon!

—¡No compreis nada de esa! gritaba una de sus vecinas, ¡miradla que fea es y que terribles son sus narices! ¡tiene las manos sucias!

Pero ninguna de estas vendedoras se tomaba el trabajo de dirigirse á los filósofos ni á los teólogos, porque estos jamás tomaban nada de estas mercancías, escepto cuando era para probarlas, pero entonces lo hacían á puñados.

Al llegar al seminario toda esta multitud se dispersaba por las cátedras que estaban en grandes habitaciones bajas, con pequeñas ventanas, anchas puertas y bancos viejos y ennegrecidos. En todas estas salas se oían diversos murmullos confusos; los maestros hacían que los alumnos dieran la lección. En un rincón un retórico murmuraba su lección en voz baja aunque á cierta distancia únicamente se oía su murmullo como un zumbido. En otro la voz chillona de un gramático de pocos años correspondía armoniosamente al ruido agudo que hacía la madera de una ventana movida por el aire. Los maestros, aunque ocupados en escuchar las lecciones tenían la vista fija en los bancos para ver si salía de los bolsillos de los alumnos alguna golosina que pudieran aprovechar para sí. Cuando á esta multitud estudiantil le sucedía llegar un poco antes que lo debido ó sabia que los profesores iban algo mas tarde que de costumbre, entonces por el consentimiento general se trababa una batalla en la que toda la compañía debía tomar parte, aun los censores mismos, cuyo deber era conservar el orden y la buena armonía. En general dos teólogos dirigían el orden del combate, es decir, cada clase debía pelear por su propia cuenta, ó dividirse todos los estudiantes en dos partidos, el lego y el clerical. En todo caso los gramáticos eran los primeros á empezar y así que llegaba el turno de que pelearan los retóricos, los primeros se ponían en fuga y subían á los puntos elevados para observar los azares de la pelea; después llegaban los filósofos con sus largos bigotes negros, y por último los teólogos con sus enormes pantalones de cosacos. La batalla terminaba casi siempre por el triunfo completo de la teología y la filosofía iba á refugiarse á las cátedras frotándose el cuerpo y sentándose en los bancos para recobrar aliento. Al entrar, el profesor, que en su juventud había figurado también en semejantes peleas, echaba de ver desde luego por lo encendido de los rostros que la batalla había sido reñida, y mientras administraba algunos golpes con su varita en los dedos de los retóricos, otro profesor en otra clase tocaba en los dedos de los filósofos con una especie de palmeta de la longitud de un brazo. Los teólogos por su parte sufrían un castigo mucho mas serio recibiendo cada uno de ellos una *medida de guisantes gordos*, segun el lenguaje festivo del profesor de teología, es decir, una buena dosis de golpes aplicados con una correa.

En los días de fiesta los estudiantes tanto legos como clericales iban por las casas de la ciudad llevando consigo títeres. A veces ellos mismos representaban una comedia y entonces siempre era algun teólogo el que desempeñaba el papel principal; el teólogo á quien le tocaba era en general alguno casi tan alto como el campanario de Kiew y representaba como Herodias á la mujer de Putifar de un modo admirable. En recompensa de esto recibían una pieza de lienzo, un saco de maiz, medio ganso asado ó algo por el estilo. Toda esta raza estudiantil lega y clerical que estaba dividida por una especie de odio hereditario, se hallaba igualmente desprovista de medios para procurarse el sustento; á la verdad sería difícil calcular cuántos *galuchkis* (1) comería

(1) Pequeñas tortas de harina que se comen mojadas en leche, manteca ó miel.



Historia Natural.—El Camello.

cualquiera de ellos en su cena, por lo cual los regalos de los propietarios ricos del vecindario apenas bastaban para su alimento. En ocasiones de verdadero apuro, el senado elegido que era el que dirigía y estaba formado por los filósofos y los teólogos, enviaba una tropa de gramáticos y de retóricos á una escursión para buscar forraje en los huertos de la ciudad y por la tarde una rica merienda de hortalizas servía de refresco en el seminario. Además, tanto los estudiantes legos como los clericales llevaban siempre trajes talares, según la moda persa, que descendían *hasta el periodo*, frase técnica entre ellos para dar á entender que llegaban hasta los talones.

Pero de todos los acontecimientos del año el mas importante con respecto del seminario, era la llegada del tiempo de vacaciones en el mes de junio, cuando los estudiantes eran enviados á casa de sus padres. Entonces todos los caminos de las cercanías se encontraban llenos de gramáticos, retóricos, teólogos y filósofos; el que no tenía casa propia se alojaba en la de alguno de sus compañeros.

NICOLAS GOGOL.

(Se continuará.)

POESÍA POPULAR ESPAÑOLA.

ROMANCE TRADICIONAL (1).

Camina la Virgen pura
De Egipto pora Belen:
Un niño lleva en sus brazos
Que es Jesús de Nazaren.
En el medio del camino
Pide el niño de beber:
Non pidas agua el mi fijo
Non la pidas el mi bien,

(1) Conservado en la memoria de una anciana de mas de noventa años de edad, de las cercanías de Santander.

Ca vienen turbias las aguas
Y non se pueden beber,
Cabe á la puerta del cielo
Hay un rico narangel:
Tantas naranjas tiene
Que mas non puede tener!
Quien las estaba guardando
Ciego era que non ve.
Dème, ciego, una naranja
Pora este niño beber,
Dème una naranja ciego
Que Dios le dejará ver.
Entre la mi señora
Y tome las que quisier.
La Virgen como era Virgen
Non cogía senon tres:
El niño como era niño
Non paraba de coger.
Tantas como el niño coge
Volvían á sfloreer.
Un pasito mas adelante
El ciego comenzó á ver.
¿Quién ha sido esta Señora
Que me ha fecho tanto bien?
Ha sido la Virgen pura
Y Jesús de Nazaren.
Válgame Nuestra Señora,
Y el glorioso San Miguel!

ANÉCDOTAS

En la jornada de las barricadas en Paris logró el conde de Brissac acallar los fuegos mortíferos que los paisanos dirigían sobre los regimientos suizos, y volviéndose hácia los oficiales que le rodeaban, les dijo sonriendo:

—Al fin hallé mi terreno; el rey dice que yo no valgo nada ni por tierra ni por mar; sin embargo, ahora verá lo que valgo en las calles.

Como saben nuestros lectores, era costumbre en Atenas cantar las buenas acciones de los grandes capitanes.

Interrogado Temístocles sobre cuál era la voz que mas le agradaba entre todas las de los actores que había oído:

—La de aquel que canta mis alabanzas,—respondió.

Bellas lectoras, no sigais con vuestros amantes la opinion de Temístocles.

PENSAMIENTOS.

Las campanas pequeñas suenan á veces mas y meten mas ruido que las grandes.

Pensamiento chino.

Quien guarda su boca guarda su alma; pero el que charla demasiado se procurará enemistades y disgustos.

Salomon.

La noche trae consigo el dia siguiente.
¡Dios sabe lo que mañana sucederá!

Sentencia turca.

Si los ricos tuviesen generosidad y los pobres tuviesen templanza, las limosnas serian innecesarias.

Pensamiento africano.

Dos pedazos de leña seca encienden un pedazo de leña verde.

Proverbio hebreo.

Persona hay que se enriquece sin tener nada, y otros hay que se empobrecen teniendo muchas riquezas.

Salomon.

La cara del mendigo es negra, pero muy á menudo sus alforjas están bien llenas.

Proverbio turco.

ADVERTENCIA.

Segun ofrecimos en el primer prospecto concluye el tomo del primer año del SEMANARIO POPULAR en la semana última de febrero.

Al remitir la portada, el índice y la cubierta de tomo, enviamos tambien este número primero del año segundo á todos los suscritores, aun cuando no hayan renovado la suscripción y esperamos que se servirán hacerlo inmediatamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del número segundo.

LOS EDITORES.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sell de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.